



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXII || Centro América, Enero - Febrero de 1967. || Número 223

Orientación

En Torno al Movimiento Bíblico Moderno

¿Por qué la Iglesia se ha mostrado tan severa hasta ahora en dejar leer la Biblia al pueblo fiel?

Santiago de Aníta, S. J.
Doctor en Teología.

Los problemas que plantea la Biblia han trascendido hoy al pueblo fiel. En la actualidad la Sagrada Escritura se lee y se discute por sabios especialistas y por otros que no lo son tanto.

Por ello hemos creído de gran importancia iniciar con esta Orientación una serie de artículos de nuestro colaborador el R. P. Santiago de Aníta, S. J., que ayuden a esclarecer ideas y posiciones. He aquí el primero.

Introducción.

El Concilio Vaticano II, verdadero Concilio Pastoral y de renovación de la Iglesia, ha supuesto una revaloración de actitudes, que en la época patrística eran postura normal del pueblo cristiano, y que, por razones diversas, que tendremos que juzgar desapasionadamente a la luz de la Historia, habían caído poco a poco en el olvido. Por otra parte, el Concilio ha sido fruto también de su tiempo. Como todos los hechos sobresalientes humanos, ha sido fruto y corona de una etapa y causa y principio de otra etapa nueva. Así ha pasado con el Movimiento Litúrgico, sancionado solemnemente en la Constitución sobre la Liturgia y que hoy marca ya una ruta maravillosa al culto del Pueblo de Dios; lo mismo ha ocurrido con los movimientos de apostolado seglar, que han encontrado en varios documentos solemnes del Concilio, su base dogmática y pastoral,¹ con el enfoque pastoral de la Teología, que comenzó tímida y casi subrepticiamente con la Teología kerigmática preconizada por los Profesores de Innsbruck y acogida un tanto suspicazmente por los teólogos oficiales de la Iglesia;² y con el movimiento bíblico, que tantas vicisitudes ha sufrido en los últimos tiempos.

1. De los laicos habla el Concilio en la Const. Dogm. de Ecclesia, en la Const. sobre la Liturgia, en el Decreto sobre el Apostolado de los Seglares, en la Const. sobre la Iglesia en el mundo actual, en el Decreto sobre Los Medios de Comunicación social, en el Decreto sobre el Ecumenismo. Esta preocupación por los seglares supone un avance maravilloso en la concepción del pueblo de Dios, frente a la Hierarquía del Vaticano I y del Conc. de Trento, que por razones bien concretas tuvieron que fijarse ante todo en la existencia y en los atributos de la Jerarquía. Por eso el laico en cuanto tal no había entrado aún específicamente en la Teología.

2. El Vat. II preconiza hoy una formación de los seminaristas específicamente pastoral. No pretende tanto especializaciones masivas en la carrera sacerdotal, cuanto una formación de pastores. La especialización intelectual quedará para los especialmente inclinados y dotados para la ciencia. Por eso pide, que se haga una revisión de los programas de estudio, quitando las cuestiones puramente científicas o debatidas intelectualmente; y pide al mismo tiempo un enfoque más pastoral de los estudios eclesiásticos, basados más ampliamente en la Sagrada Escritura.

Estas renovaciones del Concilio Vaticano II han dado una nueva fisonomía a la Iglesia. Fisonomía de amplitud, de diálogo, de ecumenismo, de proclamación del Mensaje divino, más que de apologética defensiva y suspicaz.

Pero el cambio ha sido bastante brusco y por eso reina todavía un ambiente enrarecido de inseguridad. Parece que se bambolean antiguas tesis y antiguas mentalidades. Parece que están abiertas todas las puertas y cerrados todos los anatemas. Y no pocos pensadores temen las consecuencias de un paso tan atrevido.

Este clima de cambio ha originado también una inseguridad profunda y sincera en los mismos simples fieles. El documento sobre el Ecumenismo y el Decreto sobre la libertad religiosa han hecho pensar a no pocos, que ya hoy todas las religiones son iguales, y cada uno puede escoger la que mejor se le acomode; la exaltación de la dignidad y de los derechos de los seglares ha hecho creer a no pocos que la hora de los sacerdotes ha pasado y su necesidad ya no es tan grande; la supresión de todo cuanto signifique condenación y censura en el Santo Oficio y en el Índice de libros prohibidos, ha hecho pensar que ya no hay libros prohibidos para nadie, etc., etc.

El Concilio nos trae una nueva mentalidad y una nueva espiritualidad. Pero una mentalidad no se cambia a base de decretos; el cambio necesita tiempo, ambiente nuevo, principios nuevos. Y esto es lo más importante del Vaticano II, su fin principal. Pero también es lo más difícil de ver para los observadores superficiales o para las mentalidades antiguas. De ahí el peligro de quedarnos con los cambios de detalle, con las libertades concretas, sin haber antes conseguido la raíz que justifica, atempera y condiciona los cambios externos. Por eso hay extremismos, inseguridades, desorientación. Los cambios externos sin formación interna están siempre sujetos a extremismos y errores. Y los extremismos suscitan siempre suspicacias.

Por eso el Concilio Vaticano II exige un estudio más profundo quizá que cualquier otro Concilio de la Historia. Sus documentos, tan sencillos y tan claros en la forma literaria, encierran una riqueza doctrinal insospechada a primera vista. Y para ver las honduras de la renovación conciliar, será necesario no sólo el estudio de los documentos; sino el de las actas de las sesiones y el de las comunicaciones escritas de los Padres.

Dejando para otras ocasiones tocar otros puntos importantes de la renovación conciliar, vamos a dedicar unos cuantos artículos a estudiar la renovación bíblica que ha introducido el Concilio y a aclarar los problemas que ella plantea a los fieles cristianos.

1.—Revaloración de la Biblia en el Conc. Vat. II.

La Biblia ha vuelto a ocupar un puesto de honor en el Concilio Vaticano II. No solamente porque el tenor y el estilo de los documentos es profundamente bíblico, sino porque se ha vuelto a poner a la Sagrada Escritura como fuente de fe y de vida cristiana.

Ya la reforma litúrgica ha de tener un sabor netamente bíblico: "A fin de que la mesa de la palabra de Dios se prepare con mayor abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura" (n. 51).

"Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma liturgia, la homilía, en la cual, A PARTIR DE LOS TEXTOS SAGRADOS, se exponen durante el ciclo del año litúrgico, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana" (52).

"En las celebraciones sagradas debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas" (35, 1).

"Las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la liturgia" (35, 2).

Incluso habrán de fomentarse "las celebraciones sagradas de la Palabra en las vísperas

más solemnes, en algunas ferias de adviento y cuaresma y los domingos y días festivos" (35, 4).

Hablando de la reforma del Breviario se vuelve a inculcar: **Ordénense las lecturas de la Sagrada Escritura de modo que los tesoros de la palabra divina sean accesibles con mayor facilidad y plenitud**" (n. 92, a).

En el Decreto sobre la formación de los seminaristas el Concilio, vuelve a recalcar la importancia fundamental y central que ha de tener la Sagrada Escritura.

Ya desde la iniciación de los estudios, se ha de proponer, en un curso introductorio el **Misterio de Salvación**. (Sobre la formación sacerdotal, n. 14).

"Fórmense con especial diligencia los alumnos en el estudio de la Sagrada Escritura, que debe ser como el alma de toda la teología; una vez expuesta una introducción conveniente, iniciése con cuidado en el método de la exégesis, estudien los temas más importantes de la divina Revelación, y en la lectura diaria y en la meditación de las Sagradas Escrituras reciban su estímulo y su alimento" (I.c.n. 16).

"Ordénese la teología dogmática de forma que, ante todo, se propongan los temas bíblicos" (I.c.n. 16).

"Renuévense igualmente las demás disciplinas teológicas por un contacto más vívido con

el misterio de Cristo y la historia de la salvación. Aplíquese un cuidado especial en perfeccionar la teología moral, cuya explicación científica, más nutrida de la Sagrada Escritura, explique la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo", etc. (I.c.).

La misma formación espiritual de los alumnos se basará grandemente "en la meditación fiel de la palabra de Dios" (n.8).

Podemos decir que el Concilio ha querido que la Biblia fuera de nuevo la Palabra de Dios, que se comunica a los hombres. Porque los hombres, por causas diversas, se habían alejado de la lectura y de la meditación de la Palabra de Dios.

2.—Problemas que plantea esta renovación bíblica.

En primer lugar, ante este viraje un tanto violento de mentalidad, los fieles sinceros pueden preguntarse: ¿Y por qué antes la Iglesia se mostró tan cautelosa en poner la Sagrada Biblia en manos de los fieles? ¿No prohibió la Iglesia, hasta hace muy poco, la traducción de la Escritura a las lenguas populares? ¿No costó esta disposición un proceso, tristemente famoso, a Fr. Luis de León? ¿Por qué era la Biblia Vulgata —traducción meritísima, pero muy imperfecta de S. Jerónimo— el único texto oficial aprobado de la Iglesia? ¿Es que en Trento se equivocó la Iglesia? ¿Dónde está entonces su infalibilidad? ¿O es que las disposiciones del Vaticano II serán también transitorias y caducas?

Otra dificultad, que se presenta, es no menos molesta y peligrosa: ¿quién puede y debe leer la Biblia? ¿Todos los cristianos? Entonces ¿no son necesarios tantos estudios para entender la Biblia? ¿O es que las cuestiones y disputas científicas de los sabios son minucias, que sólo oscurecen lo que está claro?

Otros sencillamente siguen creyendo, que un estudio a fondo de la Biblia es más perjudicial, que provechoso. ¿Acaso hoy la ciencia bíblica no está estremeciendo la misma historicidad de los libros sagrados y está haciendo bambolear el concepto mismo de inspiración?

Estas cuestiones urgentes, que se plantean a todo cristiano sincero interesado por la Sagrada Escritura, exigen una respuesta clara y precisa en estos momentos postconciliares, en que revive con pujanza divina el hambre de la Palabra de Dios. Por eso creo que es oportuno dedicar unos cuantos artículos a tema tan vital y tan urgente. Con ello no hacemos sino practicar las órdenes del Vaticano II.

I

Problema primero.

¿Por qué la Iglesia se mostró tan cautelosa en permitir la lectura de la Biblia a los fieles

en su lengua vulgar? Causas del alejamiento de la Palabra de Dios.

1.—Causas del alejamiento de la Biblia.

a).—Humanismo renacentista.

La alta edad media, que desemboca en el renacimiento, se caracteriza por la afirmación del individuo. El humanismo —en todas sus facetas— es la nota característica del Renacimiento. La razón se independiza de la fe y el hombre vale tanto cuanto él es. Se pierde el espíritu del Sacro Romano Imperio y de Cristiandad y nacen las nacionalidades modernas. Se pierde el sentido comunitario y se rompe con las tradiciones pasadas. Se hace un mundo nuevo, donde el hombre vuelve a ser el centro del universo. Los adelantos científicos, los nuevos descubrimientos hacen bambolearse las antiguas creencias dogmáticas y aprióricas. Ya no se jura en nombre del maestro. El individuo piensa y critica todo por su cuenta. No admite magisterios externos.

Juntamente con este individualismo crece también la inmoralidad de las costumbres, incluso entre los clérigos. Esta es una razón para perder el sentido de Iglesia. Roma —se dirá— es la nueva Babilonia de los Papas. La moralidad de la Iglesia sólo existe en las ordenanzas escritas.

Además se había perdido ya en gran parte el sentido litúrgico. Hasta el tiempo de la unificación de los libros litúrgicos por Pío V, se daba en gran parte un caos litúrgico. La lengua no era comprendida por el pueblo. Los grandes retablos artísticos habían obligado a poner el altar de espaldas al pueblo, que no se enteraba de lo que sucedía, sino por el tintinear de la campana. La construcción del coro en el centro de las grandes catedrales, separaba aún más al pueblo del sacrificio, al que se sobreponía la cantinela monótona e ininteligible de los canónigos. La predicación había caído en desuso. Y el pueblo era en su mayoría casi absoluta analfabeto: la cultura era lujo clerical. Por eso, la introducción de devociones privadas fue una necesidad. Y el pueblo se apartó de la Biblia, que no podía leer ni oír proclamar. Y se encerró aún más en su individualismo, al no poder participar comunitariamente en las celebraciones litúrgicas. El Kempis sustituyó a la Biblia, el rosario a la participación en la acción litúrgica.

En este marco de individualismo racionalista, separado de todo sentido de comunidad y con horror a todo magisterio, el reverdecer de las ciencias clásicas hace que los intelectuales tengan acceso a los textos bíblicos en su lengua original. Y cada individuo se acerca a la Biblia, como a un libro particular y humano, o como a un libro religioso, pero sacado del contexto de la Iglesia. También la Biblia se hace un libro de piedad individual, un libro individualista, y

deja de ser el libro de un pueblo, del pueblo de Dios. Y así se niega la esencia misma de la Biblia.

Heredero de este ambiente es el protestantismo. Se odia a Roma y a toda autoridad. Se desmembra del pueblo de Dios y se disgrega en multitud de sectas, se proclama el principio de libre examen, y en este sentido se propugna la vuelta a la Biblia, como única fuente de fe. La fe es algo subjetivo más que objetivo; es fiducial, más que dogmática. El mismo libro de la Biblia no es tanto dogmático, cuanto suscitador de esta fe religiosa, de este instinto fiducial. No importa lo que cada uno crea de la Biblia, basta con que crea en los méritos de Cristo. Y así la crítica textual de la Biblia, más que fuente de verdadera fe dogmática, es fuente de separación y de controversia. Al leer la Biblia bajo el aspecto del criterio personal, ésta ha perdido su dimensión esencial de palabra de Dios. Cada uno cree, no lo que Dios le dice, sino lo que cada uno piensa que Dios le dice.

A esta luz se han de entender las disposiciones del Concilio de Trento.

2.—¿Qué pensar de las disposiciones tridentinas acerca de la Biblia?

Fueron normas oportunas, dada la ignorancia del pueblo y el ambiente deschristianizado de los intelectuales.

Fueron normas justas. La Iglesia es la depositaria de la Revelación de Dios. A ella se le ha confiado el depósito y para su guarda posee al Espíritu Santo, que le ayuda con su auxilio especial. Luego ella tiene que tomar las medidas conducentes a conservar la integridad de la doctrina.

Pero fueron normas meramente disciplinares y, por tanto, transitorias. Valían, mientras no cambiaron las circunstancias. La Iglesia no se contradice, si cambiadas las circunstancias, cambia también sus normas disciplinares. Como no se contradice el Gobierno que restringe los derechos ciudadanos en tiempos especiales, proclamando el estado de sitio, y pasados los momentos difíciles vuelve al estado de normalidad.

3.—Consecuencias de las normas tridentinas.

Las normas de Trento, como todas las normas parciales, tuvieron efectos diversos. Por un lado, se robusteció la fe, se salvaguardó el depósito precioso del dogma, se pusieron en su punto preciso las divergencias doctrinales. Se trazó claramente la frontera entre la verdad y el error.

Pero, al mismo tiempo, entró un tanto la desconfianza en la palabra de Dios, leída en sus textos originales y sin una sólida formación. Y esta desconfianza perduró aun después de haber cambiado las circunstancias, que originaron las normas eclesiásticas. Así llegó a creerse que el

estudio directo de la Biblia era fuente de herejías, más que de fe.

b) 1.—El racionalismo del siglo XIX.

El siglo de la Aufklaerung, con el despunte rabioso de racionalismo, hijo del positivismo francés del s. XVIII, trae nuevos peligros al estudio de la Biblia. Y el modernismo llega a considerar a la Sagrada Escritura, como un momento de la evolución doctrinal religiosa de la humanidad. El dogma evoluciona con los tiempos. La Biblia se convierte en un objeto de curiosidad histórico-científica.

Son las ciencias históricas, arqueológicas, etnográficas, filosóficas, quienes han de explicar el contenido de la Biblia. Se pierde propiamente el sentido religioso de la Biblia. La Biblia se convierte en un libro histórico humano, bastante ingenuo por cierto, con errores históricos insalvables. Se escriben libros sobre los errores de la Biblia: errores históricos, científicos, geográficos, incluso filosóficos. De donde se infiere, que tal libro no puede ser divino.

En cuanto al fondo religioso de la Biblia se pretende explicar por el influjo de las religiones vecinas. Así nace la Escuela Panbabilónica, que explica la religión de la Biblia, como una síntesis ecléctica de las creencias de Assur y de Babilonia, con influjos persas y aun índicos; la escuela helenística, que hace al cristianismo una mitificación helénica de una doctrina judaica, o lo pone en relación con las sectas secretas y las doctrinas de los misterios; la escuela escatológica, para quien el cristianismo es el fruto de un mesianismo nacionalista judío frustrado y sublimado.

Junto a estas escuelas históricas nacen otras filosóficas, que quieren confirmar sus propios principios en las afirmaciones de la Biblia. Hegel y Schleiermacher estudian bajo este prisma preconcebido a la Sagrada Escritura. Y este intelectualismo suele partir de un punto de vista totalmente naturalista: cuanto es incomprendible para la razón es falso, ya que inteligibilidad y realidad se confunden, ser y verdad se identifican. De donde, cuanto de sobrenatural o maravilloso aparece en la Biblia es un puro mito, una ilusión, la expresión de un anhelo religioso. Los milagros son imposibles. De donde lo mítico es el fondo de la Biblia. Así Strauss y la escuela de Tubinga.

2.—Consecuencias del modernismo.

Los estudios bíblicos, en la parte racionalista, cobran un auge maravilloso, mientras que los sabios católicos siguen confinados en sus posiciones. La crítica textual, los descubrimientos del próximo oriente, la biblioteca de Assurbanipal, las excavaciones arqueológicas, iluminan la historia del medio bíblico. Pero muchas veces los criterios son muy subjetivos, los datos se mezclan

caprichosamente, el sentido común brilla por su ausencia.

La falta de respeto científico y la superficialidad de tales investigaciones bíblicas, que se divulgaban fácilmente entre el pueblo culto alemán, hizo que la intelectualidad creyente se desvinculara de todo dogma histórico y desembocara en un carismatismo aéreo y sin consistencia. El cristianismo fue más una doctrina moral, que una revelación histórica. Era la más bella de las religiones naturales y Jesús la figura ideal del hombre piadoso. Nada más. Harnack y Goguel llegaron a estos extremos.

3.—Reacción del catolicismo.

Los representantes de la exégesis católicas se mantenían al margen de estas ideas en una actitud defensiva. CHARLIER escribe: "Nunca en la historia de la Iglesia la exégesis bíblica en particular mantuvo posiciones más deliberadamente conservadoras, mejor dicho retrógradas. De la crítica transrenana casi sólo se conocían los excesos; y la "Vida de Jesús" de Renan, anegando la fe de toda una juventud intelectual, vino a acrecentar aun más esta desconfianza sistemática. Se rechazaba todo en masa, invocando una tradición demasiado comprometida, con unas concepciones rígidas y estrechas".³

La reacción positiva católica comenzó poco a poco. En 1887 el Congreso Internacional de Friburgo marca una ruta decidida hacia la investigación bíblica, con los métodos modernos. En 1890 el P. Lagrange funda el Instituto Bíblico de Jerusalén, que intentaba una exégesis, usando de un método histórico sano. Y en 1893 la Encíclica Providentissimus de León XIII trae nuevos ánimos a los exégetas católicos, instándoles a estudiar con más fervor el libro sagrado.

Pero la distancia entre las nuevas posiciones y la inercia anterior era inmensa. De ahí que muchos investigadores animosos, pero no bien fundamentados en las ciencias históricas ni en las teológicas, empiezan a sentir un verdadero vértigo ante las perspectivas que se les abren. Cunde un deseo de originalidad y de novedad. Y ante las conclusiones —muchas veces fantásticas— a las que llegan algunos nuevos exégetas, la escuela conservadora se repliega aun más con una suspicacia más exacerbada.

3. CHARLIER, La Lectura cristiana de la Biblia, (Ed. Lit. Esp. Barcelona, 1961, p. 12). Como muestra de esta cerrazón, aún se mantiene en los libros de texto de teología, como doctrina cierta y católica, que la inspiración se extiende incluso a las sentencias accidentales y no precisamente doctrinales o de costumbres. Así, si el autor del libro de Tobías dice que el perro meneaba la cola, cuando volvió el joven Tobías, esto aconteció así realmente. Esta sentencia habría que matizarla mucho más. La inspiración no se identifica con inerrancia en este sentido. Por otra parte, aunque esté enseñado que la inerrancia y la inspiración se extienden no sólo a las sentencias doctrinales dogmáticas o morales, no está declarado que se extiendan positivamente a todo lo que no es dogmático o moral. La Biblia no es pura doctrina, sino doctrina histórica; pero no todo en la Biblia es historia en el sentido moderno.

Así el choque fue brusco entre ambas mentalidades. La confusión se esparce. No se sabe distinguir entre hipótesis científicas, más o menos probadas, entre puntos de vista de valor meramente heuristicos, y entre conclusiones ciertas de la ciencia histórica. Las aserciones se hacen a veces sin tamizar. Y resulta una indigestión intelectual, que aqueja a la fe de una juventud brillante.⁴

4.—La Postura de PIO X.

Se explica así en su verdadero contexto histórico la postura de San Pío X. La condenación del modernismo, sobre todo en su Encíclica *Pascendi*, fue tajante y decidida, como lo exigían las circunstancias y lo pernicioso de los errores, que serpeaban.

Los rebeldes fueron desenmascarados, las bases doctrinales de la Iglesia robustecidas, las conciencias amodorradas despertadas, la verdadera reacción convenientemente preparada. Pero entre tanto, los conservadores a ultranza se dejaron invadir por una sicosis de suspicacia, los investigadores sanos se amedrentaron, se dispersaron o se dedicaron a las nuevas ciencias auxiliares —filología, arqueología, crítica de textos— en las que podían ejercitarse sus facultades sin peligro de herejía o de desobediencia. Otros enseñaban en privado lo que repudiaban en público. Otros sintieron una verdadera duplicidad intelectual, empleando sus cualidades críticas sólo en defender lo dogmáticamente cierto, replegándose, cuando estaban en juego problemas más delicados. La Biblia siguió mirándose con recelo. La teología y la moral eran más especulativas que bíblicas: usaban los hechos de la Escritura, como armas polémicas o como confirmación de las ideas defendidas. Pero nada más. En gran parte Aristóteles había sustituido al Espíritu Santo.

CONCLUSION.

Estas han sido las causas del repliegue bíblico en los tiempos pasados. Causas importantes y no todas provenientes de la actitud de la Iglesia. Pero incluso las determinaciones del Magisterio Eclesiástico vemos que tuvieron sus razones poderosas. Y sus consecuencias no fueron meramente negativas. De esas disposiciones ha nacido el movimiento bíblico moderno, firmemente encauzado por el recto camino. Sin tales disposiciones estaríamos ahora en un caos, semejante al del modernismo o el del protestantismo liberal.

Ahora han cambiado las circunstancias. Y ha cambiado de alguna manera también la postura de la Iglesia.

Las causas del renacer bíblico las estudiaremos en el artículo siguiente.

4. En último término el problema de la inerrancia se confunde con el de la legitimidad de los géneros literarios, de que hablaremos en otro artículo. Cuando expliquemos las relaciones de la Biblia con las ciencias naturales, con la historia, con la filosofía, quedará claro nuestro pensamiento.